

VAMPIRE ACADEMY

PROMESA DE SANGRE

RICHELLE MEAD

Traducción de Diego de los Santos

ALFAGUARA



PRÓLOGO

Cuando estaba en mi primer curso de instituto nos mandaron hacer un comentario de texto de un poema. Uno de los versos decía: «Si no tuvieras los ojos abiertos, no sabrías la diferencia entre soñar y estar despierto». En aquel momento, el verso no me dijo gran cosa. Después de todo, en clase había un chico que me gustaba mucho; ¿cómo iba a prestarle atención a un comentario de texto? Ahora, tres años después, entendía el poema a la perfección.

Últimamente, mi vida parecía estar a punto de convertirse en un sueño. Algunos días pensaba que iba a despertarme y descubrir que las últimas cosas que me habían pasado no habían sucedido de verdad. Sin duda, debía de ser una princesa atrapada en un sueño encantado. En cualquier momento, el sueño —no, más bien la pesadilla— acabaría y yo podría disfrutar de mi príncipe y de un final feliz.

Pero no había ningún final feliz a la vista, al menos en el futuro más inmediato. ¿Y mi príncipe? Bueno, esa era una larga historia. Mi príncipe se había convertido en un vampiro; en un strigoi, para ser exactos. En mi mundo hay dos clases de vampiros que existen sin que los humanos lo sepan. Los moroi son vampiros vivos, vampiros buenos que controlan la magia de los elementos y no matan para buscar la sangre que necesitan para sobrevivir. Los strigoi son vampiros no muertos, inmortales y retorcidos, que

matan para alimentarse. Los moroi nacen; los strigoi se hacen —a la fuerza o de buen grado— mediante métodos perniciosos.

Y a Dimitri, el chico del que estaba enamorada, lo habían convertido en strigoi en contra de su voluntad. Lo convirtieron en el curso de una batalla, una épica misión de rescate en la que yo también participé. Los strigoi secuestraron a un grupo de moroi y dhampir de mi instituto; Dimitri y yo, entre otros, fuimos a rescatarlos. Los dhampir son mitad vampiros y mitad humanos: tienen la fuerza y la resistencia de los humanos y los reflejos y sentidos de los moroi. Los dhampir reciben adiestramiento para convertirse en guardianes, guardaespaldas de elite de los moroi. Eso es lo que soy yo: una guardiana. Y eso es lo que había sido Dimitri.

Después de su transformación, los moroi lo dieron por muerto. Y, hasta cierto punto, lo estaba. Aquellos que se convertían en strigoi perdían la noción de la bondad y de la vida que habían llevado hasta el momento. No importaba que no se hubiesen convertido por decisión propia; aun así se volvían malos y crueles, como todos los strigoi. Las personas que eran antes desaparecían por completo y, sinceramente, era más fácil pensar en ellos yéndose al cielo o a la otra vida que imaginárselos merodeando de noche y atacando a sus víctimas. Pero yo no había sido capaz de olvidar a Dimitri ni de aceptar que, básicamente, estaba muerto. Era el hombre del que había estado enamorada, el hombre con el que me había sentido en una sintonía tan perfecta que me costaba saber dónde acababa yo y dónde empezaba él. Mi corazón se negaba a desprenderse de él; aunque en teoría fuese un monstruo, todavía estaba en alguna parte. Tampoco había olvidado una conversación que tuvimos él y yo. Los dos estábamos de acuerdo en que preferíamos estar muertos —muertos de verdad— a pasearnos por el mundo siendo unos strigoi.

Una vez pasado el período de luto por la bondad que le habían arrebatado, decidí hacer realidad su deseo, a pesar de que Dimitri ya no creyese en él. Tenía que encontrarlo. Tenía que matarlo y liberar su alma de aquel estado oscuro y antinatural. Sabía que era lo que hubiese querido el Dimitri del que había estado enamorada. Pero matar a un strigoi no es tarea fácil. Son increíblemente rápidos y fuertes, y no tienen piedad. Ya había matado a unos cuantos. Qué locura; después de todo, acababa de cumplir dieciocho años. Sabía que enfrentarme a Dimitri sería mi mayor reto, tanto física como emocionalmente.

De hecho, había sentido las consecuencias emocionales nada más tomar la decisión. Perseguir a Dimitri había supuesto cambiar de vida en varios aspectos (por no decir que enfrentarme a él podría suponer perder la vida en el intento). Aún estaba en el instituto, a solo unos meses de graduarme y convertirme en una guardiana con todas las de la ley. Cada día que pasaba en la Academia St. Vladimir —una escuela lejana y protegida para los moroi y los dhampir— era un día más que Dimitri estaba ahí afuera, viviendo en un estado que él nunca deseó para sí. Lo quería demasiado para permitirlo. Por eso tuve que irme de la academia antes de tiempo y relacionarme con los humanos, lo cual suponía abandonar el mundo en el que había vivido casi toda mi vida.

Mi marcha también suponía abandonar otra cosa... o más bien a una persona: mi mejor amiga, Lissa, también conocida como Vasilisa Dragomir. Lissa era una moroi, la última de su linaje real. Yo era la candidata para ser su guardiana cuando nos graduásemos, y mi decisión de perseguir a Dimitri hizo añicos ese futuro junto a ella. Pero no tuve elección: me vi obligada a abandonarla.

Aparte de nuestra amistad, Lissa y yo teníamos un vínculo único. Cada moroi se especializa en una clase de magia elemental:

tierra, aire, agua o fuego. Hasta hace poco, pensábamos que solo existían esos cuatro elementos, pero descubrimos un quinto: el espíritu.

Ese era el elemento de Lissa. Con el número tan reducido de usuarios del espíritu que había en el mundo, apenas sabíamos nada de él. En gran medida parecía vinculado a los poderes psíquicos. Lissa demostraba un asombroso poder de coerción: la capacidad de imponer su voluntad sobre casi cualquier persona. También tenía poderes de curación, y ahí fue cuando las cosas se volvieron un poco raras entre nosotras. En teoría, morí en el accidente de tráfico que mató a su familia. Lissa me trajo de vuelta desde el mundo de los muertos sin darse cuenta y creó un vínculo psíquico entre las dos. Desde entonces, siempre he sido consciente de su presencia y de sus pensamientos. Sabía lo que estaba pensando e intuía cuándo estaba en peligro. Últimamente también habíamos descubierto que yo podía ver fantasmas y espíritus que aún no habían abandonado este mundo, algo que me resultó desconcertante y que me empeñé en bloquear. A este fenómeno se lo conoce como estar bendecida por la sombra.

Nuestro vínculo bendecido por la sombra me convertía en la persona ideal para proteger a Lissa, ya que sabría instantáneamente si estaba en peligro. Prometí protegerla de por vida, pero entonces Dimitri —el alto, guapísimo y feroz Dimitri— lo cambió todo. Tuve que hacer una terrible elección: seguir protegiendo a Lissa o liberar el alma de Dimitri. Tener que elegir entre los dos me rompió el corazón, se me instaló un dolor en el pecho y los ojos se me llenaron de lágrimas. Mi separación de Lissa fue muy dolorosa. Habíamos sido muy amigas desde el jardín de infancia, y mi marcha fue un shock para las dos. En honor a la verdad, ella no lo había visto venir, porque yo mantuve mi relación con Dimitri en secreto.

Era mi instructor, tenía siete años más que yo y también le habían asignado la protección de Lissa. Por eso los dos intentamos resistirnos a nuestra atracción mutua, pues sabíamos que teníamos que centrarnos en Lissa más que en ninguna otra cosa y que nuestra relación alumna-profesor nos traería problemas.

Pero estar apartada de Dimitri —aunque fuera por voluntad propia— hizo que acumulase mucho resentimiento hacia Lissa. Seguramente debería haberlo hablado con ella para explicarle mi frustración por el hecho de tener toda mi vida planificada. No me parecía justo que, mientras Lissa era libre para vivir y amar como mejor le pareciese, yo siempre tuviera que sacrificar mi propia felicidad para asegurar su protección. Pero era mi mejor amiga y no podía soportar darle un disgusto. Lissa era especialmente vulnerable porque el uso del espíritu tenía el desagradable efecto secundario de volver loca a la gente. Por eso me guardé lo que sentía hasta que al final exploté y abandoné la academia —y a ella— para siempre.

Uno de los fantasmas que había visto —Mason, un amigo al que mataron los strigoi— me dijo que Dimitri había vuelto a su tierra, Siberia. El alma de Mason halló la paz y abandonó este mundo poco después sin darme más pistas del lugar concreto de Siberia al que podría haberse marchado Dimitri. Tuve que lanzarme a ciegas y enfrentarme a un mundo de humanos y a un idioma que no conocía para cumplir la promesa que me había hecho a mí misma.

Después de pasar varias semanas sola, por fin había llegado a San Petersburgo. Aún estaba buscando e intentando mantenerme a flote, pero estaba decidida a encontrarlo, aunque al mismo tiempo era una situación a la que le tenía pavor. Si finalmente llevaba a cabo mi plan y lograba matar al hombre al que amaba, eso significaría que Dimitri desaparecería del todo de este mundo.

Sinceramente, no estaba segura de ser capaz de seguir viviendo en un mundo así.

Nada de esto parece real. Quién sabe, quizá no lo sea. Quizá le esté sucediendo a otra persona. Quizá sean imaginaciones mías. Quizá muy pronto despierte y descubra que lo de Lissa y Dimitri se ha solucionado, que en el futuro estaremos todos juntos y que él sonreirá, me abrazará y me dirá que todo va a salir bien. Quizá todo esto solo haya sido un sueño.

Pero lo dudo mucho.

UNO

Me estaban siguiendo.

En cierto modo, resultaba irónico si se tenía en cuenta el modo en el que yo misma había seguido a otros a lo largo de las semanas anteriores. Al menos, no era un strigoi. Ya me habría dado cuenta. Un efecto reciente de estar bendecida por la sombra era la capacidad de captar la presencia de los no muertos, aunque, por desgracia, lo hacía mediante ataques de náuseas. A pesar de lo desagradable que era, agradecía aquel sistema de alerta temprana de mi cuerpo y me sentí aliviada de que el que me acechaba esa noche no fuese un vampiro increíblemente rápido y feroz. Ya había luchado bastante contra unos cuantos de aquellos y lo cierto era que me apetecía tener algo parecido a una noche libre.

Supuse que quien me seguía era un dhampir como yo, probablemente alguien del club. La verdad era que se movía con menos sigilo del que me hubiese esperado de un dhampir. Se oían con claridad los pasos contra la acera de las callejuelas oscuras por las que caminaba y, en una ocasión, vi fugazmente la silueta de una figura sombría. A pesar de ello, si tenía en cuenta lo imprudente que había sido esa noche, lo más probable era que se tratase de un dhampir.

Todo comenzó en el Ruiseñor. No era el verdadero nombre del club, solo una traducción. Su auténtico nombre era algo en ruso

que me resultaba imposible pronunciar. En Estados Unidos, el Ruiseñor era muy conocido entre los moroi ricos que viajaban por el mundo y, tras visitarlo, comprendí el motivo. No importaba la hora del día que fuese: los clientes del Ruiseñor iban vestidos igual que si estuviesen en una fiesta imperial. Bueno, en realidad, todo el local parecía sacado de los viejos tiempos de la corte rusa, con paredes de marfil cubiertas de arabescos dorados y molduras. Me recordó mucho al Palacio de Invierno, una residencia real que había sobrevivido desde los tiempos en los que Rusia estaba gobernada por los zares. Lo visité nada más llegar a San Petersburgo.

En el Ruiseñor, unos candelabros muy recargados y con velas de verdad brillaban en el techo y hacían relucir la decoración dorada. Así, aun con la escasa luz, todo el establecimiento centelleaba. Había un gran comedor lleno de mesas cubiertas de terciopelo y de reservados, además de un salón y un bar, donde la gente podía relacionarse con los demás clientes. Ya bien entrada la noche actuaba un grupo de música, y las parejas tomaban la pista de baile.

No me había preocupado por visitar el Ruiseñor cuando llegué a la ciudad, un par de semanas antes. Fui lo bastante arrogante como para creer que podría encontrar directamente a algún moroi que me indicase cuál era el pueblo natal de Dimitri. Al no tener ninguna pista sobre su paradero en Siberia, me pareció que lo mejor que podía hacer para acercarme a él era dirigirme al pueblo donde se había criado. El único problema era que no sabía dónde estaba, y por eso intentaba encontrar algún moroi que me ayudase. Había un cierto número de pueblos y de comunidades dhampir en Rusia, pero apenas ninguno en Siberia, lo que me hizo pensar que la mayoría de los moroi nativos sabrían dónde había nacido. Por desgracia, resultó que a los moroi que vivían en las ciudades humanas se les daba muy bien esconderse. Busqué en lo que me

parecieron los escondrijos moroi más probables, pero estaban vacíos. Y sin esos moroi, no tenía respuesta alguna.

Así pues, empecé a frecuentar el Ruisenñor y a mantenerme atenta a lo que pasaba, aunque no me resultó fácil. Para una chica de dieciocho años no era sencillo relacionarse con los clientes de uno de los clubes de elite más importantes de la ciudad. Pronto comprendí que la ropa cara y las propinas generosas ayudaban mucho a integrarse en el ambiente. El personal de servicio no tardó en conocerme; si pensaban que mi presencia allí era extraña, no me lo dijeron, y se mostraron dispuestos a darme la mesa de la esquina que siempre pedía. Creo que pensaban que era la hija de algún magnate o de algún político. Fuera cual fuese mi vida, tenía dinero suficiente para estar allí, y eso era lo único que les importaba.

A pesar de ello, mis primeras noches en el Ruisenñor fueron desalentadoras. Aunque el Ruisenñor fuese un lugar de encuentro de postín para los moroi, también lo frecuentaban humanos. Además, al principio, me pareció que los únicos clientes del club eran ellos. El gentío aumentaba a medida que avanzaba la noche y, al observar con atención las mesas abarrotadas y la gente que se entretenía en el bar, no descubrí a ningún moroi. Lo más llamativo que vi fue una mujer con una larga melena color rubio platino que entró en el salón con un grupo de amigos. Durante un segundo se me paró el corazón. La mujer me daba la espalda, pero se parecía tanto a Lissa que tuve el convencimiento de que me había localizado. Lo curioso fue que no supe si sentirme emocionada u horrorizada. Echaba muchísimo de menos a Lissa, pero al mismo tiempo no quería verla envuelta en aquel peligroso viaje en el que me había embarcado. La mujer se dio la vuelta y vi que no era Lissa. Ni siquiera era una moroi, tan solo una humana normal. Recuperé lentamente la respiración.

Por fin, una semana después más o menos, logré mi primer éxito. Un grupo de mujeres moroi entró a cenar algo a última hora, acompañadas de dos guardianes, un hombre y una mujer, que se sentaron con presteza y en silencio a la mesa mientras sus protegidas cotilleaban y se reían con el champán vespertino. Esquivar a esos guardianes sería lo más complicado. Para quien sabía lo que debía buscar, era fácil detectar la presencia de los moroi: eran más altos que la mayoría de los humanos, de tez pálida y extremadamente delgados. También tenían una curiosa forma de reírse y de no mover los labios para mantener ocultos los colmillos. Los dhampir, gracias a nuestra sangre humana, parecíamos... bueno, parecíamos humanos.

Eso era lo que sin duda le parecería yo a cualquier humano sin la experiencia necesaria. Medía uno setenta y, mientras las moroi tenían a gozar de un cuerpo irreal de modelos de pasarela, el mío tenía una constitución atlética y de pecho curvilíneo. La genética de mi desconocido padre turco y haber pasado demasiado tiempo bajo el sol me habían proporcionado una tez levemente morena que casaba muy bien con mi pelo largo y casi negro. Pero los que se habían criado en el mundo de los moroi, si se fijaban bien, eran capaces de darse cuenta de que era una dhampir. No sé muy bien de qué se trataba. Quizá algún tipo de instinto hacía que nos atrajeran los de nuestra propia especie y se reconociera la mezcla de sangre moroi.

Era fundamental que esos guardianes creyesen que yo era humana para no despertar sus sospechas. Me senté al otro lado de la sala, en mi esquina, tomando una pizca de caviar mientras fingía leer. Por si a alguien le interesa, el caviar me parece asqueroso, pero en Rusia estaba hasta en la sopa, sobre todo en los lugares más selectos. Eso y el *borscht*, una especie de sopa de remolacha.

Casi nunca me acababa la comida en el Ruiseñor, y después me lanzaba hambrienta en busca de un McDonald's, aunque los McDonald's de Rusia eran un poco diferentes a los McDonald's entre los que me había criado en Estados Unidos. Aun así, una chica tiene que comer.

Observar atentamente a los moroi mientras los guardianes no miraban se convirtió en una prueba para mis habilidades. Era cierto que los guardianes tenían poco que temer de día, ya que no habría ningún strigoi bajo el sol. Sin embargo, estar atento a todo formaba parte de la naturaleza de los guardianes, por lo que paseaban la mirada de forma continua y metódica por toda la sala. Yo había recibido la misma formación y conocía todos los trucos, así que logré espiar al grupo sin que se dieran cuenta.

Las mujeres visitaban el local a menudo, normalmente a última hora de la tarde. St. Vladimir tenía un horario nocturno, pero los moroi y los dhampir que vivían entre los humanos solían hacer vida diurna o algo intermedio. En varias ocasiones me planteé acercarme al grupo o incluso a los propios guardianes. Algo hizo que me contuviese. Si alguien sabía dónde había un pueblo lleno de dhampir, ese sería un varón moroi. Muchos de ellos visitaban pueblos dhampir con la esperanza de lograr acostarse con alguna chica dhampir fácil. Me prometí que esperaría otra semana para ver si aparecía alguno. Si no, intentaría sonsacarles información a las moroi.

Por fin, un par de días antes, dos varones moroi hicieron acto de presencia. Acudían ya avanzada la noche, cuando llegaban los auténticos fiesteros. Los dos tenían unos diez años más que yo, eran tremendamente atractivos e iban vestidos con trajes de diseño y corbatas de seda. Se comportaban como si fueran gente poderosa, importante, y habría apostado una buena cantidad de dinero a que pertenecían a la realeza, sobre todo teniendo en cuenta que cada

uno de ellos iba acompañado de su propio guardián. Los guardianes siempre eran los mismos, unos individuos jóvenes que llevaban trajes para no desentonar, pero que observaban con atención todo lo que ocurría en la sala con esa naturaleza inteligente de los guardianes.

Y a su alrededor había mujeres. Siempre había mujeres. A los dos moroi les encantaba galantear. No dejaban de buscar e intentar seducir a todas las mujeres a las que veían, incluso a las humanas. Pero no se iban a sus casas con humanas. Eso seguía siendo un tabú firmemente arraigado en nuestro entorno. Los moroi se habían mantenido apartados de los humanos a lo largo de los siglos por temor a que los detectara una raza que se había vuelto muy fuerte y poderosa.

Eso no significaba que volvieran solos a sus casas. A una determinada hora aparecían mujeres dhampir, unas diferentes cada noche. Llevaban puestos vestidos baratos y mucho maquillaje. Bebían mucho y se reían de todo lo que decían los moroi, que probablemente ni siquiera tuviese gracia. Siempre llevaban el pelo suelto, pero de vez en cuando movían la cabeza de un modo que dejaba a la vista el cuello, donde todas lucían grandes moratones. Eran prostitutas de sangre, dhampir que dejaban que los moroi les chupasen la sangre mientras tenían relaciones sexuales. Eso también era un tabú, aunque seguía realizándose en secreto.

Quise quedarme a solas con uno de los moroi, lejos de los ojos vigilantes de sus guardianes para así poder hacerle preguntas. Pero fue imposible. Los guardianes no dejaban solos en ningún momento a los moroi. Intenté seguirlos, pero cada vez que el grupo salía del club, entraba casi de inmediato en una limusina, lo que hacía imposible que los siguiera a pie. Era muy frustrante.

La última noche decidí que tendría que acercarme a todo el grupo y arriesgarme a que los dhampir me descubriesen. No sabía

si alguien de mi país me estaba buscando, o si por el contrario al grupo ni siquiera le interesaría saber quién era yo en realidad. Quizá me estaba dando demasiada importancia. Era más que posible que nadie se preocupase de una marginada fugitiva, pero si alguien me estaba buscando de verdad, ya habrían distribuido mi descripción entre todos los guardianes del mundo. Aunque ya tenía dieciocho años, eso no me serviría de nada ante algunos de los que querían llevarme de vuelta a Estados Unidos, y me había jurado no volver hasta que encontrase a Dimitri.

Mientras pensaba en el modo de aproximarme al grupo de los moroi, una de las dhampir se levantó de la mesa para acercarse a la barra. Los guardianes la observaron, pero no parecían preocupados por su seguridad, y siguieron concentrados en los moroi. Hasta ese momento había pensado que los varones moroi serían el mejor modo de obtener información sobre un pueblo lleno de dhampir y prostitutas de sangre, pero... ¿qué mejor manera de localizar ese lugar que preguntarle directamente a una prostituta de sangre?

Me levanté con una expresión despreocupada y me acerqué a la barra como quien va a por otra copa. Me puse a su lado mientras la mujer esperaba al camarero y la miré por el rabillo del ojo. Era rubia y llevaba puesto un vestido largo cubierto de lentejuelas plateadas. No tenía claro si esa ropa hacía que mi vestido ceñido de satén negro resultase aburrido o elegante. Todos sus movimientos, incluso el modo en el que se mantenía erguida, eran gráciles, como los de una bailarina. Mientras el camarero atendía a otros clientes, supe que tenía que aprovechar el momento. Me incliné hacia ella.

—¿Hablas inglés? —le pregunté.

Dio un respingo, sorprendida, y se volvió hacia mí. Era mayor de lo que esperaba, pero el maquillaje ocultaba muy bien su edad.

Sus ojos azules me evaluaron con rapidez y me reconocieron como lo que era, una dhampir.

—Sí —contestó recelosa. Hasta aquella simple palabra estaba cargada de acento.

—Busco un pueblo... Un pueblo donde viven un montón de dhampir, en Siberia. ¿Sabes de lo que te hablo? Tengo que encontrarlo.

Volvió a mirarme atentamente, aunque no supe descifrar la expresión de su rostro. Podría tratarse de una guardiana. Quizá había recibido formación para serlo en algún momento de su vida.

—No lo hagas —me respondió con brusquedad—. Déjalo ya.

Se dio media vuelta y se quedó mirando al camarero, que estaba preparando un cóctel de color azul adornado con cerezas.

Le puse la mano sobre el brazo.

—Tengo que encontrarlo. Hay un hombre...

Me atraganté al decirlo. El interrogatorio tranquilo y profesional se había ido al garete. Solo pensar en Dimitri hacía que el corazón se me pegase a la garganta. ¿Cómo podía explicarle algo así a aquella mujer? ¿Qué le decía? ¿Que estaba siguiendo una pista improbable y arriesgada, que buscaba a la persona que más amaba en el mundo, un hombre al que habían convertido en un strigoi y al que tenía que matar? Incluso en un momento así pude imaginarme sus cálidos ojos marrones y su manera de tocarme. ¿Cómo podría hacer aquello para lo que había cruzado un océano?

«Céntrate, Rose, céntrate».

La dhampir se volvió de nuevo hacia mí.

—Ese tío no se lo merece —me respondió, malinterpretando lo que yo había querido decir. Sin duda, creía que estaba hablando a una chica enamorada que perseguía a su novio. En cierto modo, así era—. Eres demasiado joven... No es demasiado tarde para evitarte todo esto —aunque su rostro se mantuviera impassible, había

cierta tristeza en su voz—. Haz algo útil con tu vida. Mantente alejada de ese sitio.

—¡Sabes dónde está! —exclamé, demasiado emocionada para explicarle que no iba a ser una prostituta de sangre—. Por favor, tienes que decírmelo. ¡Tengo que llegar hasta allí!

—¿Hay algún problema?

Las dos nos giramos hacia el rostro ceñudo de uno de los guardianes. Maldición. Aunque la dhampir no fuera su prioridad, cualquiera se habría dado cuenta de que alguien la estaba acosando. El guardián apenas era mayor que yo, y le sonreí con descaro. Quizá no estuviera tan exuberante como la otra mujer, pero sabía que la minifalda le sentaba muy bien a mis piernas. Seguro que ni siquiera un guardián era inmune a eso. Pues bien... al parecer, aquel sí lo era. La expresión pétrea de su rostro me mostró que mis encantos no funcionaban. Aun así, decidí probar suerte e intentar sonsacarle algo de información.

—Quiero encontrar un pueblo en Siberia habitado por dhampir. ¿Lo conoces?

—No —contestó sin pestañear.

Genial. Los dos querían ponérmelo difícil.

—Vale, entonces quizá lo sepa tu jefe —le dije con cierta timidez, con la esperanza de parecer una aspirante a prostituta de sangre. Si los dhampir no me decían nada, quizá lo hiciese uno de los moroi—. Quizá le apetezca compañía y quiera hablar conmigo.

—Ya tiene compañía —replicó el guardián sin levantar el tono de voz—. No necesita más.

Mantuve la sonrisa.

—¿Estás seguro? —susurré—. Quizá deberías preguntárselo.

—No —repuso el guardián. Con una sola palabra me transmitió el desafío y la orden: «Lárgate». No dudaría en enfrentarse

a cualquiera que para él representase la más mínima amenaza para su señor... incluida una simple dhampir. Pensé en seguir insistiendo, pero decidí que debía hacer caso de la advertencia y retirarme.

Me encogí de hombros con un gesto despreocupado.

—Él se lo pierde.

Y, sin mediar palabra, volví a mi mesa, como si aquel rechazo no me importase. Mientras caminaba, prácticamente contenía la respiración. Me esperaba que, en cualquier momento, el guardián me sacase de los pelos del club. No fue así, pero mientras me ponía el abrigo y dejaba algo de dinero en la mesa, vi que me miraba con expresión calculadora y ojos suspicaces.

Salí del Ruiseñor con el mismo aspecto despreocupado, y me dirigí hacia una calle ajetreada. Era sábado por la noche y había muchos clubes y restaurantes en los alrededores. Las calles estaban llenas de gente que salía de fiesta. Algunos llevaban ropas tan elegantes como las de los clientes del Ruiseñor. Otros eran de mi edad y vestían de un modo más informal. A la puerta de los clubes se veían largas filas, y del interior salía una atronadora música de baile llena de ritmos estruendosos. Los restaurantes de grandes ventanales mostraban salones distinguidos y mesas llenas de lujo. Me resistí a la tentación de mirar hacia atrás mientras caminaba envuelta por conversaciones en ruso. No quería aumentar las sospechas de ese dhampir, que quizá me estaba observando.

Sin embargo, cuando entré en una calle tranquila —que era un atajo en el camino de regreso a mi hotel—, oí el suave sonido de unos pasos. Al parecer, había alarmado lo suficiente al guardián como para hacer que me siguiera. No estaba dispuesta a permitirle que se abalanzase sobre mí. Quizá era más pequeña que él, y llevaba puesto un vestido y tacones, pero me había enfrentado a muchos hombres, strigoi incluidos. Podía enfrentarme a ese

tipo, sobre todo si utilizaba el elemento sorpresa. Después de caminar por aquel vecindario tantas veces, lo conocía bien, incluidas sus callejas y callejones. Aceleré el paso, doblé a toda prisa unas cuantas esquinas y la última me llevó a un callejón oscuro y desierto. Sí, era un tanto tenebroso, pero era un lugar excelente para montar una emboscada, así que me escondí en un portal. Me quité los zapatos de tacón en silencio. Eran negros y tenían unas tiras de cuero preciosas, pero no eran adecuados para una pelea, a menos que planeara sacarle los ojos a alguien con el tacón. En realidad, no era tan mala idea, pero no estaba tan desesperada. Al quitármelos noté la frialdad del suelo bajo las plantas de los pies; había llovido hacía poco.

No tuve que esperar mucho. Unos segundos después, oí ruido de pasos y vi aparecer en el suelo la larga sombra de mi perseguidor, proyectada por la luz titilante de la farola de la calle adyacente. Se detuvo y me buscó con la mirada. Pensé que aquel individuo era realmente torpe. Ningún guardián que se lanzase a perseguir a alguien habría actuado de un modo tan evidente. Debería haberse movido con más sigilo y no haber revelado su posición tan fácilmente. Quizá la formación que recibían los guardianes en Rusia no era tan buena como la que yo había tenido. No, no podía ser eso, a juzgar por cómo había acabado Dimitri con sus enemigos. En la academia lo consideraban un dios en ese sentido.

Mi perseguidor dio unos cuantos pasos más y entonces entré en acción. Salí de un salto con los puños por delante.

—¡Vale! —exclamé—. Solo quería hacer unas cuantas preguntas, así que lárgate o...

Me quedé helada. No era el guardián del club a quien tenía delante.

Era un ser humano.

Una chica de mi edad, aproximadamente. Tenía más o menos mi estatura y el pelo rubio oscuro cortado a cepillo. Llevaba puesta una gabardina de color azul marino que parecía cara. Debajo llevaba unos pantalones de vestir y unas botas de cuero que parecían tan caras como la gabardina. Lo más sorprendente fue que la reconocí. La había visto un par de veces en el Ruiseñor hablando con algunos varones moroi. Supuse que se trataba de alguna de las mujeres con las que les gustaba tontear, y la descarté con rapidez. Después de todo, ¿de qué me servía una humana?

Su rostro estaba cubierto en parte por las sombras, pero aun con tan poca luz distinguí su expresión de enfado. No era precisamente lo que me esperaba.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó. Aquello me causó más desconcierto. Su acento era tan americano como el mío—. Eres la que ha ido dejando por la ciudad ese rastro de cadáveres de strigoi. Te he visto en el club esta noche y he sabido que tenías que ser tú.

—Yo...

No fui capaz de pronunciar más palabras. No tenía ni idea de qué responder. ¿Una humana hablando con tanta despreocupación de los strigoi? Jamás había oído algo así. Era casi más sorprendente que encontrarse con un strigoi por allí. Nunca me había enfrentado a algo igual en toda mi vida. No pareció importarle mi estupefacción.

—Mira, no puedes ir por ahí haciéndolo, ¿vale? ¿Sabes el engorro que me supone tener que encargarme de eso? Estas prácticas ya son bastante malas sin que vengas tú a complicármelas. La policía encontró el cadáver que dejaste en el parque, ¿sabes? No te puedes imaginar la cantidad de hilos que he tenido que mover para tapanlo.

—¿Quién... quién eres? —le pregunté por fin.

Era cierto: había dejado un cadáver en el parque; pero, la verdad, ¿qué podía hacer? ¿Llevarlo a rastras hasta mi hotel y decirle al conserje que mi amigo había bebido demasiado?

—Sydney —me contestó la chica con voz cansada—. Me llamo Sydney. Soy la alquimista asignada a este lugar.

—¿Cómo dices?

Suspiró con fuerza, y estoy segura de que puso los ojos en blanco.

—Claro. Eso lo explica todo.

—No, la verdad es que no —repliqué, y recuperé por fin la compostura—. De hecho, me parece que eres tú la que tiene que explicar un montón de cosas.

—Vaya, también eres un rato chula. ¿Eres una prueba a la que me tengo que enfrentar? Ah, vaya. Tiene que ser eso.

Ahora era yo quien se estaba enfadando. No me gusta que me reprendan. Desde luego, no me gustó que una humana me reprendiese de tal modo que parecía que matar a unos strigoi fuese algo malo.

—Mira, no sé quién eres ni cómo estás al corriente de todo eso, pero no pienso quedarme para...

La sensación de náusea se apoderó de mi cuerpo y me puse tensa. Mi mano se dirigió de inmediato a la estaca de plata que llevaba en el bolsillo del abrigo. El rostro de Sydney siguió mostrando una expresión de enfado, pero a esta se mezcló la confusión por mi repentino cambio de postura. Había que reconocerle que era muy observadora.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Vas a tener que ocuparte de otro cadáver —contesté un segundo antes de que la atacase un strigoi.